

es la que tanto nos recomendó Jesu-Christo, porque solamente por medio de la humildad nos podemos hacer semejantes á él; esta virtud basta por sí sola, y sin ella nada son todas las demás. ¡Pero ay! entre todas las virtudes esta es la mas rara, aunque parece que debiera sernos tan natural: Porque finalmente, Católicos, si nos conociéramos como en la realidad somos, si no nos atribuyéramos sino lo que verdaderamente hay en nosotros, en una palabra, si nos hicieramos la justicia que merecemos, ¿qué fundamento hallaria nuestra vanidad en nosotros?

¡Gran Dios! Yo no veo en mí cosa alguna que no me haga vil y despreciable á vuestra vista, y á la de los hombres, y si éstos me conocieran como en la realidad soy, no podria quejarme de sus burlas y desprecios: No obstante esto, vos me prometeis un inmenso caudal de gloria, si defendiendo mi corazon contra la vanidad: Pues yo me humillaré, Señor, mas y mas, seré pequeño á mi vista, para merecer de este modo la gloria inmortal que teneis preparada para los humildes de corazon, que es lo que os deseo. Amen.

S E R M O N
PARA LA FESTIVIDAD
DE UN SANTO MARTIR,
PATRON DE ALGUNA IGLESIA.

Vos eritis mihi testis.

Vosotros seréis mis testigos. *Actor. i. v. 8*

EL dar testimonio de Jesu-Christo es una obligación indispensable en todos los fieles; y el martirio es el mayor testimonio que Dios puede pedir al hombre, pues no hay cosa mayor que el amor, y el martirio es su consumacion y plenitud. Bien sé que este testimonio no es para todos los tiempos, y que ha sido preciso que la Iglesia haya tenido sus tiranos y perseguidores, para que tuviese Mártires y Apostoles; pero así como hay martirio de sangre, le hay tambien de fé; aunque hayan cesado las persecuciones, y aunque los Césares se hayan convertido en Protectores de la religion que antes quisieron destruir, no por eso están menos obligados los fieles á dar testimonio á Jesu-Christo, como el Santo Martir cuya memoria celebramos en este dia; la paz de la Iglesia que nada quita al mérito de la fé, tampoco dispensa en las obligaciones de ésta; la vida christiana siempre es una vida de combates, de tentaciones, y de trabajos; el Christiano siempre es un Martir, que en algun

modo cada dia debe morir por Jesu-Christo; es necesario que en todos tiempos pierda su alma para salvarla; y si su vida no es un continuo y penoso testimonio de su fé, no puede menos de ser una indigna desercion, y una apostasia; pero para manifestar una verdad tan importante y necesaria para los fieles, la dividiré en tres reflexiones; en las que os enseñaré en qué consiste este testimonio que todos los fieles estamos obligados á dar á Jesu-Christo. Para esto necesito de las luces del Divino Espiritu: invoquemosle, poniendo por intercesora á Maria. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Quando hablo del testimonio que todos los Christianos estamos obligados á dar á Jesu-Christo, no hablo solamente de la profesion exterior que todos hacemos de su Doctrina: no todos los que dicen, Señor, Señor, esto es, no todos los que le invocan con la Iglesia, entrarán en el número de sus discípulos. Hablo de un testimonio penoso, que no desmienta con su conducta la fé que exteriormente profesa; que no niegue á Jesu-Christo con sus obras, al mismo tiempo que le está confesando con la boca; de un testimonio que dá honor á la religion, que glorifica al Señor, que santifica al alma fiel, para que con el continuo sacrificio que hace de las cosas presentes dé un público testimonio de las futuras; esto es; el testimonio que la fé pide á todos los fieles es un testimonio de trabajos, de humildad, y deseo.

Un testimonio de trabajos: Sí Católicos, solamente padeciendo podemos dar testimonio de que somos Christianos. Los Martires dando su vida por Jesu-Christo no hicieron mas que abreviar su sacrificio, y acabar con una sola accion heroyca y dolorosa la larga carrera de trabajos que deben andar todos los fieles; no hablo aqui precisamente de los males exteriores con que nos aflige muchas veces su Providencia, y que son inevitables á causa

de la presente condicion de nuestra vida; estas son unas pruebas que no nos pide Dios á todos igualmente, y unos medios de santificacion de que se vale su Sabiduria para el cumplimiento de sus misericordiosos ó justicieros fines para con algunas almas fieles; hablo de aquellos trabajos de que propiamente se compone la vida christiana, de aquel espiritu de cruz y de mortificacion que dá testimonio de que somos discípulos de Jesu-Christo, que seguimos su doctrina, y esperamos sus promesas; hablo de aquella abnegacion interior, de aquel martirio invisible y continuado con que siempre debemos estar resistiendo á nuestras pasiones, y reprimiendo nuestros injustos deseos, con el que combatimos nuestras inclinaciones viciosas, con el que valiendonos de los medios de la fé, debilitamos las impresiones de los sentidos, y con el que levantamos dentro de nosotros la vida del espiritu y de la gracia sobre las ruinas del amor propio y de la naturaleza; hablo de aquella penitencia de corazon, sin la qual no puede haber salud eterna, que nos hace perdonar las injurias, amar á los que nos aborrecen, hablar bien de los que nos hacen mal, reprimir los impulsos de la ira, los impetus del genio, y los movimientos de la vanidad; hablo de aquella mortificacion que hace que nos abstengamos de los excesos del amor propio, de las complacencias de la soberbia, de las inutilidades de los placeres, de los peligros de las concurrencias y ocasiones, de los encantos de la pereza, de los escollos de la ambicion, y que nos pongamos siempre de parte de la fé y del Evangelio contra nosotros mismos; hablo de aquella violencia tan recomendada en el Evangelio, que hace que en casi todas nuestras acciones desconfiemos de nuestro corazon, que temamos que le engañe la amistad, que le manche el rencor, que le arrastre la complacencia, que le ciegue el interés, que le desfigure la envidia, que le venza el deleite, que le adormezca la ociosidad, que el mal exemplo le asegure, y que miremos á nuestras pasiones

como leyes, y á los abusos que justificamos, como reglas que debemos seguir; hablo de aquella vida de la fé, que continuamente está peleando dentro de nosotros contra la vida de los sentidos, que en todos los sucesos y en todas las acciones halla sacrificios que hacer, porque en todas partes halla, ó peligros que temer, ó propias inclinaciones, á las que tiene que reprimir; y que hallandonos siempre opuestos á la ley de Dios, siempre halla dentro de nosotros mismos la raiz de todas nuestras tentaciones, y la ocasion de todos nuestros meritos; hablo finalmente de aquella continua guerra que es causa de que el Christiano no pueda salvarse sin que le cueste trabajo, sin vencerse á sí mismo, sin arreglar sus inclinaciones á la ley de Dios, las que continuamente se están apartando de ella, sin sacrificar á las impresiones de la fé las impresiones de los sentidos que las contradicen, sin vivir para Dios en medio de todos los objetos que nos inclinan á vivir solamente para nosotros, sin vivir como extrangeros en una tierra, en la que todo nos convida á que tengamos apego á ella; en una palabra, sin convertir la raiz de nuestros delitos y placeres, en raiz de nuestras virtudes, y motivo de nuestros trabajos.

Esté es el martyrio que pide la fé á todos los fieles: baxo de estas condiciones se nos ha prometido el reyno de Dios; los suplicios de los Martires, y las austeridades de los Anacoretas son gracias, pero no son obligaciones; no todos tienen este dón, como se explica el Apostol, y no todos son llamados á un mismo honor; pero la vida crucificada, la mortificacion de las pasiones, la violencia de los sentidos, la penitencia del corazon, esta es vocacion de todos los fieles, la primera obligacion de la fé, y el fundamento y el alma de toda la vida christiana; y así qualquiera Christiano es testigo de Jesu-Christo, porque por medio de las continuas violencias que le manda el Evangelio hacer á su corazon, y á sus pasiones, dá testimonio de que Jesu-Christo es el Dueño de los

corazones, Remunerador de los fieles, y Juez eterno de nuestras obras; de que su doctrina es el camino de la salvacion, y la doctrina de la verdad, y de que sus promesas deben preferirse á todos los placeres que ellas nos mandan sacrificar. Ahora podemos preguntarnos nosotros, si somos Christianos, esto es Martires de la fé, y testigos de Jesu-Christo; podemos preguntarnos, qué trabajos padecemos en obsequio de la religion, qué sacrificios hacemos á sus promesas, si Jesu-Christo es para nosotros un esposo de sangre, y qué mortificaciones le podremos presentar algun día en testimonio de nuestra fé, y como precio de su reyno: pero yo os pregunto, ¿en qué se distingue nuestra vida de la de aquellos que no creen en Jesu-Christo, y á quienes no se les ha predicado la doctrina de la Cruz? Somos acaso nosotros mas sufridos que ellos, mas castos, mas caritativos, mas austéros en nuestras costumbres, mas moderados en nuestras pasiones, mas equitativos con nuestros próximos, mas circunspectos en nuestras conversaciones, ni mas desprendidos de las cosas presentes? En lo único que les excedemos es, que teniendo una ley mas santa, somos mas culpados que ellos. Este es el primer testimonio; un testimonio de trabajos.

SEGUNDA PARTE.

EL segundo testimonio que debemos á la fé es un testimonio de sumision; esta sumision se debe á la profundidad de sus misterios y á la autoridad de sus palabras, sacrificando nuestras luces, cautivando nuestra razon, adorando lo que no podemos comprehender, y no queriendo ser sabios contra el mismo Dios; no queriendo averiguar con temeridad lo que nunca vió la vista del hombre, ni oyeron sus oídos; no mezclando con la sencillez de la fé la vanidad de nuestros discursos, y la flaqueza de nuestras conjeturas; no mirando como gracia y valentia del entendimiento, lo que es siempre ceguedad,

y locura; despreciando á los hombres temerarios que se persuaden á que son superiores á los demás hombres quando se levantan contra la fé, y se precian de la impiedad, como de un título distinguido y glorioso, y no hallando cosa mas grande, ni mas noble que la sumision del alma fiel; respetando los ejercicios del culto exterior de la fé, las piadosas tradiciones de nuestros Padres, y las leyes de la Iglesia, reverenciado la grandeza de la religion con nuestra fidelidad en el cumplimiento de sus obligaciones mas comunes y sencillas, y no teniendo por indigno de nosotros mas que el querer ser superiores á sus leyes y reglas.

Esta sumision, propiamente hablando, no mira mas que al entendimiento: Pero la fé pide tambien la sumision del corazon: quiero decir, el que aceptemos las órdenes que Dios nos embia; que nos conformemos con su voluntad santa en todas las circunstancias en que nos coloque; que suframos con paciencia la cruz que nos dispone su bondad, las enfermedades con que nos aflige, las injurias de nuestros enemigos, las perfidias de nuestros amigos, la pérdida de nuestros parientes, las desgracias de la fortuna, y todos aquellos sucesos que ó mortifican nuestra soberbia, ó engañan nuestra esperanza, sirviendonos de los trabajos anexos á nuestro estado como de medios para nuestra salvacion. Vosotros con especialidad, Católicos, á quienes la providencia hizo nacer en una condicion pobre y trabajosa, en vez de envidiar la suerte de los que viven en la abundancia, en vez de murmurar contra el orden de Dios, que parece os ha condenado al trabajo, á la pobreza, y á la miseria, en vez de llevar con impaciencia el peso del dia y del calor, que parece ha destinado la misma providencia solamente para vosotros, en vez de miraros como desgraciados por ser pobres, debeis bendecir las misericordias que Dios ha usado con vosotros, disponiendo que nacieseis en un estado en que es mas facil la salvacion, porque en él no son tantos los peligros

en

en un estado en que no teneis que temer tantas tentaciones, que precaver tantos lazos, ni que vencer tantas dificultades, y en el que todo os facilita los caminos de la salvacion, y de la vida eterna; en un estado, en el que Jesu-Christo llama Bienaventurados á los que nacieron en él, pues los ricos por motivo de fé deben privarse de unos placeres, que á vosotros os niega el nacimiento; deben tener en su corazon la pobreza que se advierte en vuestro exterior; deben alcanzar con una penitencia voluntaria los trabajos que á vosotros os impone la naturaleza, y porque no pudierais tener las conveniencias de su estado, sin participar de sus tentaciones y vicios. Pensad algunas veces, Católicos, que la vida es corta, que el Christiano está condenado á padecer, y que así el estado en que menos apego tenemos á la vida, que nos aparta mas de los deleites que corrompen el corazon, que nos proporciona mas ocasiones de sufrir y padecer, que dexa á nuestras pasiones menos arbitrios para poder satisfacerse, que pone entre nosotros y las mas peligrosas tentaciones del mundo un espacio casi inmenso, este es un estado feliz para la salvacion, pues nos proporciona todos los medios para ella, y aparta de nosotros todos los obstáculos. Acordaos de que es preciso padecer, ó en el mundo, ó en la eternidad; que es casi imposible ser felices en la tierra, y en el cielo; que la religion prohibe á los ricos todo aquello de que ya os ha privado á vosotros la naturaleza; que si tienen mas bienes de fortuna que vosotros, tambien tendrán mas cuenta que dar; que en el Tribunal de Jesu-Christo todos hemos de ser iguales, y que lo que entonces distinguirá á los fieles, no serán los títulos y los honores, sino las obras y los méritos.

Y así Católicos, seais quien fueseis, y en qualquiera estado que os haya hecho nacer la providencia, es inevitable hallar en él cruces y trabajos; el testimonio, pues, que debemos dar á la fé, es glorificar á Dios en nuestras penas; el someternos á su sabiduria que no las im-

po-

pone; el rendir la voluntad de aquel Soberano Señor que distribuye los sucesos prósperos ó adversos para el cumplimiento de sus misericordiosos fines para con los hombres; el conocer que los trabajos de nuestro estado son caminos para nuestra santificación, que estamos perdidos si nos quejamos de la mano que nos castiga; que Dios tiene sus razones infalibles en quanto hace con nosotros; que su único fin en los diferentes medios de que se vale, es el guiarnos con mas seguridad á la salvacion; que no hay cosa mas de temer que el no tener que sufrir; y que solamente es seguro nuestro estado quando en él hallamos dificultades y penas. Este es el glorioso testimonio que debemos dar á la fé, porque de nada hace tanto aprecio la religion, como de la paciencia y sumision de los fieles: nada hace conocer tanto la grandeza y poder de la fé, como el hallar en la esperanza de las futuras promesas un remedio seguro contra los trabajos presentes; y si Dios es grande en sus Santos, lo es principalmente en aquellos que saben padecer y conformarse.

Con todo eso, parece que no hay providencia para nosotros: no contamos con ella en todos los sucesos de que se compone nuestra vida: no vemos mas que la malicia de nuestros enemigos, las injusticias de nuestros Superiores, la mala fé de nuestros amigos, y el odio de los que nos tienen envidia; parece que son los hombres los que gobiernan el Universo, y los que distribuyen á su arbitrio los diversos sucesos que se ordenan á nosotros; parece que sus pasiones son el primer movil de la variedad de las fortunas; nada referimos á aquel Soberano Señor, que es el que todo lo dispone, y se vale de ellos para sus eternos fines en orden á nuestro destino; no contemplamos á un Dios supremo, y secreto distribuidor de todas las cosas, sin cuya voluntad no puede caerse ni un cabello de nuestra cabeza, que todo lo hace, que todo lo gobierna, que todo lo dispone, que desde la eternidad tiene dispuestos los mas repentinos y extra-

or-

ordinarios sucesos, para hacerlos que sirvan á nuestra santificación, que se burla de la vana prudencia de los hombres, llevandolos á sus fines por sus mismos caminos de que ellos se habian valido para evitarlos. ¿Qué consuelo para una alma fiel lo sublime de estas ideas: ¿en qué elevación no constituye la fé al hombre, pues le hace superior á todos los sucesos! Aun quando no tuviera mas utilidad que esta la religion en medio de las inquietudes é inconstancias de la vida, ¿no sería digno de lástima el pecador por estar privado de ella? ¿Puede haber cosa mas infeliz ni desgraciada, que un hombre entregado á sí mismo, que vive sin Dios, sin religion, y sin conciencia?

TERCERA PARTE.

Finalmente, el último testimonio que debemos dar á la fé es un testimonio de deseo. Como somos extranjeros en la tierra, como aqui no tenemos ciudad permanente, como los dias de nuestra peregrinacion son cortos y penosos, y como el cielo es la patria del fiel, la primera obligacion de la fé es suspirar por la patria que se nos manifiesta desde lejos; ordenar á este feliz termino de nuestros trabajos, nuestros cuidados, nuestras obras, nuestros deseos, y nuestros pensamientos; no perder jamás de vista aquel lugar de descanso, prometido al pueblo de Dios, házia donde continuamente estamos caminando, y adonde nos deben guiar todos nuestros pasos y movimientos; mirar todo lo que nos rodea, como que no nos pertenece, pues quanto podemos poseer, nunca lo gozaremos sino como prestado; usar del mundo y de todas sus cosas, como si no usasemos de ellas, esto es, como de un depósito, del que solamente tenemos el uso sin poder adquirir jamás el dominio; unirnos á lo que siempre ha de durar; no desear mas que los bienes permanentes, que nadie nos podrá quitar, y que hacen felices á los que los poseen; conocer que no heuvs si-

do hechos para las criaturas, pues todas juntas no son capaces de dar á nuestro corazon el sosiego que buscamos, porque los bienes que nos unen á ellas, mas son causa de nuestros pesares, que alivio de nuestras penas. Debemos vivir con repugnancia en un lugar, en donde todo irrita nuestras pasiones, y nada puede satisfacerlas; en donde todos los pasos que damos son otras tantas caídas, ó tropiezos; en donde los mismos objetos que mas hemos deseado, forman despues nuestras mas vivas amarguras: en donde todo nos aparta de Dios; y en donde quanto mas distantes estamos de su Magestad, mas insufribles somos á nosotros mismos: en un lugar al que amamos sin ser felices en él, al que despreciamos sin desprendernos de él, cuya nada conocemos sin acabarnos de desengañar, en donde todo nos molesta, sin que con todo eso acabemos de abandonarle: en un lugar en donde todo es tentacion, en donde nuestros buenos deseos hallan tantos obstáculos, nuestras flaquezas tantas excusas, nuestra fé tantas ilusiones, y nuestro corazon tantos engaños; en donde la prosperidad nos ensoberbece, la afliccion nos abate, la salud nos hace olvidar de Dios, y la enfermedad, que solamente pensemos en nosotros mismos; en donde los negocios nos distraen, el descanso nos entorpece, el trato de las gentes nos engaña, los cuidados nos molestan, el mal exemplo nos arrastra, y la singularidad nos extravía; en donde la virtud nunca está segura: porque está siempre en nuestras manos, y siempre guardamos este tesoro en un vaso quebradizo; esto es lo que tanto hacia suspirar á los Santos por su libertad; esto lo que nos debe hacer desear aquella redencion perfecta, en donde se enjugarán todas nuestras lágrimas, se acabarán todas las tentaciones, cesarán todas las pasiones, quedarán satisfechos todos los deseos, aseguradas todas las virtudes, y arrancada para siempre la raiz de todos los vicios; esto es lo que nos debe hacer sufrir nuestra vida con una santa tristeza, llevar temblando el peso de nues-

tro cuerpo, y mirar la tierra como lugar de combates, de tentaciones y naufragios, vivir entre las criaturas como entre enemigos que han jurado perdernos, y desear que el reyno de Dios llegue por ultimo á establecerse para siempre en nuestros corazones. No os parezca, Católicos, que este deseo es pura perfeccion, pues es la primera obligacion de la fé, la mas esencial disposicion de una alma fiel, y la verdadera y sincera piedad; es la que distingue los hijos del siglo de los de Dios, y el estado del Cristiano en la tierra; el que no mira al mundo como destierro, no es ciudadano del cielo; el que fixa su afecto en la tierra, no tiene derecho á los bienes prometidos á los fieles; el que no se cuenta como extrangero en el mundo, no es para el siglo venidero, renuncia la fé, no tiene derecho á las promesas futuras, y es peor que un infiel; por eso, Católicos, nos asegura Jesu-Christo, que el reyno de los cielos es para los pobres y afligidos, porque es mas facil que se tengan por peregrinos en la tierra los que nada poseen en ella, que miren al mundo como destierro, quando para ellos es un lugar de aflicciones y trabajos, y que esperen su consuelo en el cielo, pues no le pueden hallar en la tierra. Pero, Católicos, el corazon, y no el estado, es el que forma los verdaderos pobres. Si mirais la pobreza como desgracia, si deseais las riquezas que os ha negado la providencia, si las teneis por verdaderos bienes, si deseais adquirirlas por caminos injustos, es rico vuestro corazon al mismo tiempo que es pobre vuestro estado; sois infelices y culpados á un mismo tiempo; participais de la maldicion de las riquezas, sin gozar de sus utilidades y conveniencias; por el contrario los ricos, si viven desprendidos de su opulencia, si miran los bienes que la providencia les ha confiado, como medios para exercitar la misericordia, y como precio del reyno de los cielos, si sirven de consuelo á los afligidos, y de alivio á los necesitados, si en vez de ensalzarse por su estado, prefieren el temor de Dios, y el

tesoro de la justicia á todas las riquezas de la tierra; son pobres de corazon á la vista de Dios, y participan de todas las bendiciones de la pobreza, sin experimentar sus incomodidades y trabajos.

Estos son los testimonios que la religion nos pide; éste es el modo con que qualquiera Christiano debe ser Martir de la fé; no precisamente derramando su sangre, yendo á anunciar á Jesu-Christo á las naciones infieles, abandonando su patria y sus parientes, como el Santo Martir, cuya solemnidad nos junta hoy en este Templo; sino mortificando sus pasiones con arreglo á los principios de la fé; y éste es el testimonio de paciencia en los trabajos; abrazando sus penas y aficciones en reverencia de la fé, y éste es el testimonio de sumision; despreciando todas las cosas perecederas, y mirando solamente como bienes sólidos los bienes eternos, y las promesas de la fé, y éste es el testimonio de deseo. De este modo podreis participar con nuestro Santo Patron de la gloria y corona de su martirio. Algunas veces, Católicos, envidiais la felicidad de aquellos que derramaron su sangre por Jesu-Christo; os parece una gran felicidad el comprar á este precio, y por un instante de trabajo un reyno eterno, pero ya os he dicho que en vosotros consiste el pareceros á ellos. Dios no os pide el sacrificio de vuestro cuerpo, el que pide es el de vuestras pasiones; no os pide que os ofrezcais á los trabajos y tormentos por su gloria, lo que quiere es que acepteis con sumision los que os envia; no os pide que lo renunciéis todo, lo que quiere es que de todo vivais desprendidos? ¿Pues en qué consiste, Católicos, que no sigamos los pasos del Santo Martir á quien veneramos? Si acaso os parece que lo que nos pide es demasiado penoso, sabed que la gracia todo lo suaviza; ¿lo teneis acaso por imposible? Pues advertid que los Santos lo practicaron. ¿Os parece inutil? Pues sabed que es el precio de nuestra eterna salud. ¿Dios mio! Si fuéramos mas felices en la tierra abandonandonos á nuestras pasiones, revelandonos contra nuestros trabajos, y aficio-

nan-

nandonos á las criaturas, pudiera tener alguna excusa nuestra ceguedad; pero con favorecer nuestras pasiones, no hacemos mas que aumentar nuestras inquietudes; murmurando en nuestras desgracias, empeoramos nuestras penas; aficionandonos á las criaturas, multiplicamos nuestros lazos, y agravamos nuestra esclavitud: Vos, Señor, no nos pedís mas que lo que nos es util y conveniente: nos atraeis á vuestro servicio, prometiendonos que solamente en él hallaremos verdadero descanso; y teneis vinculadas á la observancia de vuestra ley las utilidades de la vida presente, y las promesas de la futura. Amen.



OR-